

Ecós y voces del pasado reciente: entre la amnesia y el activismo social

En los estudios sobre la memoria como campo de las ciencias sociales resulta obvio afirmar que *memoria* y *olvido* son caras de una misma moneda, entendiendo que se trata de operaciones selectivas en las que prevalece con mayor fuerza la incapacidad para retener las experiencias vividas en el tiempo pasado. Y aunque socialmente el *olvido* está asociado a la pérdida de los marcos que le otorgan sentido (Halbwachs, 2004), es posible pensar que las referencias con los marcos también se disipan cuando, contrario a la pérdida de información, hay sobreabundancia de ella. Es lo que ocurre en un momento histórico —la denominada sociedad de la información—, donde los dispositivos tecnológicos revolucionan los paisajes mediáticos y reconfiguran los ecosistemas comunicativos. El fenómeno fue catalogado por T. Todorov como una amenaza para la memoria que acrecienta el olvido, favoreciendo, además, las estrategias de control por parte de los Estados democráticos:

Arrojados a un consumo cada vez más rápido de información, nos inclinaremos a prescindir de ésta [la memoria] de manera no menos acelerada; separados de nuestras tradiciones, embrutecidos por las exigencias de una sociedad del ocio y desprovistos de curiosidad espiritual así como de familiaridad con las grandes obras del pasado, estaríamos condenados a festejar alegremente el olvido y a contentarnos con los vanos placeres del instante... Por

tanto, con menor brutalidad pero mayor eficacia... los Estados democráticos conducirían a la población al mismo destino que los regímenes totalitarios, es decir, al reino de la barbarie (Todorov, 2005, pp. 20-21).

Recuerda A. Huyssen (2014, pp. 17-18) que T. W. Adorno comenzó a explorar la amnesia como enfermedad terminal de la cultura capitalista en su estudio *Sobre el carácter fetichista de la música y la regresión de la escucha*, así como en el capítulo sobre la industria de la cultura contenido en *Dialéctica de la Ilustración*. No obstante, es indiscutible que esa amnesia social se exagera por el desarrollo tecnológico de los medios de comunicación, con una consecuencia abrumadora: el debilitamiento tanto de la historia como de la conciencia histórica. El escritor colombiano Fernando Vallejo lo sintetizó en términos más coloquiales, pero lapidarios, en su novela *La virgen de los sicarios*:

La fugacidad de la vida humana a mí no me interesa; me inquieta la fugacidad de la muerte: esta prisa que tienen aquí para olvidar. El muerto más importante lo borra el siguiente partido de fútbol. Así, de partido en partido se está liquidando la memoria de cierto candidato a la presidencia, liberal, muy importante, que hubo aquí y que tumbaron a bala de una tarima unos sicarios, al anochecer, bajo unas luces dramáticas y ante veinte mil copartidarios suyos en manifestación con banderas rojas. Ese día puso el país el grito en el cielo y se rasgaba las vestiduras; y al día siguiente ¡gool! (1994, p. 40).

En ese contexto, se desarrolló un trabajo de corte etnográfico con cuatro grupos de población en Bogotá: 1) uno de treinta y cinco estudiantes de noveno grado pertenecientes al Instituto Educativo Distrital Veinte de Julio, ubicado en la localidad de San Cristóbal; 2) ochenta y cuatro estudiantes de educación superior que se encuentran en la recta final en su formación profesional como comunicadores sociales de las universidades Santo Tomás y Central; 3) quince profesionales de distintas áreas y rangos de edad, y 4) finalmente, adultos mayores que

en un número de entre ocho y quince se reúnen usualmente en tiendas de barrio en torno a juegos de azar en la localidad de Engativá¹.

Como un ejercicio piloto, el trabajo etnográfico tuvo un común denominador: presentar piezas mediáticas, en especial en formato audiovisual, sobre eventos históricos del pasado reciente imbricados con el conflicto interno armado en Colombia, enfatizando en la violencia partidista de los años cincuenta del siglo pasado, cuando las actuaciones políticas de Laureano Gómez Castro fueron determinantes. El trabajo tuvo como objetivos principales: primero, presentar a los estudiantes de secundaria a Laureano Gómez Castro como figura histórica preponderante en la vida política del siglo xx, y segundo, activar los recuerdos de los participantes a través de las piezas mediáticas, para (re)conocer sus lecturas y sus reacciones frente a estas².

1 Las personas para cada grupo fueron escogidas a partir de las relaciones tejidas en red. Para el caso de los estudiantes de educación media, el ejercicio se hizo en el marco de la dirección de trabajo de maestría en Comunicación, Desarrollo y Cambio Social de la Universidad Santo Tomás por la estudiante María Angélica Valencia Murillo, cuya disertación versa sobre la importancia de la memoria en el contexto escolar. Los estudiantes de educación superior fueron escogidos entre los integrantes del curso Interculturalidad, Educación y Medios en la Universidad Santo Tomás, sede Bogotá, y Comunicación y Derechos Humanos de la Universidad Central. Las personas restantes fueron escogidas entre amigos y conocidos que accedieron a participar voluntariamente en los talleres.

2 El material consistió en pequeños cortos audiovisuales cargados en el sitio web YouTube, acotando que en la mayoría de los casos quienes suben y comparten los videos no otorgan los respectivos créditos de realización de las producciones originales. No obstante, por su fácil acceso y popularidad es una ruta valiosa para acercar a las personas a los acontecimientos del pasado en relación con Laureano Gómez Castro y la violencia partidista de mediados de siglo xx. Dentro del material se destacan: *Laureano Gómez*, subido por Juan Sebastián Giraldo Bermúdez; *Memorias de la Violencia, el Valle y el Llano: entrevista a Fernando Gil, miembro del SIC*, subido por Pilar Pedraza; fragmentos del film *Cóndores no entierran todos los días* (1984), dirigido por Francisco Norden, y *Discurso de Laureano Gómez*, subido por el canal público Señal Memoria. Con los estudiantes universitarios se trabajó con discursos y documentos escritos por el líder conservador, cuyos títulos serán referenciados más adelante. Los vínculos de los videos son los siguientes: <https://www.youtube.com/watch?v=4F6yi5gHw8I>; <https://www.youtube.com/watch?v=EWyACN-kIroM>; <https://www.youtube.com/watch?v=4xWvX1UIPz8>.

Metodológicamente, se abrevó del sugestivo y provocador trabajo de Lila Abu-Lughod condensado en el artículo “La interpretación de la(s) cultura(s) después de la televisión” (2006), donde la antropóloga explora la injerencia de la televisión en un pequeño poblado cercano a El Cairo, conocido como Alto Egipcio. La mirada propuesta, que además explicaría en parte el título del artículo, retoma la noción de C. Geertz de *descripción densa* como método etnográfico que, sin embargo, debe ser recreado para tornarlo pertinente al estudio de las vidas influidas por los medios de comunicación de masas. Ello da pie para que la autora lance fuertes críticas contra aquellos estudios sobre las culturas populares referidos a la televisión, que no buscan una comprensión de la condición humana, como tampoco ofrecen perspectivas profundas de las dinámicas sociales o políticas de comunidades concretas, tareas que en el deber ser constituyen un asunto primordial de los estudios en ciencias sociales.

Parafraseando a Abu-Lughod, dos interrogantes centrales dinamizan el trabajo empírico: ¿son las narrativas mediáticas, entendidas como unidades de análisis en la investigación en ciencias sociales, el obstáculo para comprender la forma como las personas en la vida cotidiana construyen sus sentidos?, y ¿el estatus degradado y la aparente banalidad de muchas de esas narrativas, especialmente las audiovisuales como la televisión o el cine, afectan a aquellos que la estudian? La posición asumida al respecto está en considerar que el trabajo etnográfico brinda las herramientas para comprender el significado de unas narrativas mediáticas omnipresentes en las vidas e imaginarios de las personas del mundo contemporáneo, siendo preponderante ubicarlas en sus respectivos contextos sociales y culturales. En otras palabras, las formas culturales transmitidas por el cine, la televisión y otros medios de comunicación no tienen comunidades obvias ni simples, y la *descripción densa* permite miradas etnográficas microscópicas que proporcionan elementos para comprender los entramados sociales y culturales —de ahí la alusión clásica geertziana respecto a que la etnografía estudia *en* aldeas, pero no estudia aldeas—.

A grandes rasgos, los ejercicios permitieron interpretar que hay un desconocimiento amnésico generalizado frente a los acontecimientos

trascendentes del país, incluyendo aquellos episodios relacionados con el líder conservador Laureano Gómez Castro. De igual modo, la etnografía confirmó el carácter inmediatesta y referencial de lo que consumen los estudiantes en sus distintos niveles, mediante dispositivos tecnológicos que configuran los ecosistemas comunicativos contemporáneos.

¿Memoria o historia? Un debate distinto

Uno de los debates permanentes en los estudios sobre el campo de la memoria está en la tensión que se configura con la Historia como disciplina de las ciencias sociales. Tradicionalmente, la discusión tiene como punto esencial el carácter subjetivo de la memoria, soportado en unos recuerdos cuyas narrativas siempre serán legítimas, enfrentados a las evidencias fácticas que subyacen al rigor científico del trabajo historiográfico. Desde una perspectiva política, la tensión se zanja considerando que los recuerdos que emergen de los ejercicios de memoria contribuyen al trabajo de la Historia; una postura más radical considera que la historia es una distorsión para la memoria (Osiel, 2000, p. 79).

Ahora bien, retomar la tesis en torno a que vivimos en una época matizada por la inmediatez de la información, que lleva a una amnesia endémica sobre los eventos importantes del pasado, significa reconocer una discusión distinta entre la *memoria* y la *historia* por cuanto cabría preguntarse si es atribuible a la memoria o a la historia esa amnesia social y colectiva con que identificamos los tiempos recientes. En otras palabras y apelando a contextos más específicos, ¿es un problema de la memoria, es decir, de los recuerdos activados desde un *aquí* y desde un *ahora*, que un escolar no sepa quién fue Laureano Gómez Castro, qué ocurrió el 9 de abril de 1948, quiénes fueron los *pájaros* o qué fue el Frente Nacional? ¿Por qué atribuirle al campo de la memoria una responsabilidad que atañe más a la historia? ¿Se puede hablar de *olvido* cuando un estudiante no recuerda un evento del pasado que ni vivió ni del que tuvo referencia a través de narraciones familiares, por ejemplo? ¿Por qué tendría que tener conciencia histórica, política y social frente a ese acontecimiento, si este es ajeno a su historia personal, aunque lo implique socialmente?

El trabajo etnográfico con los escolares del grado noveno del Instituto Educativo Distrital Veinte de Julio evidenció serias deficiencias en lo que respecta a su formación histórica. Aunque no es el interés del presente texto ahondar sobre los lineamientos curriculares que soportan el modelo educativo colombiano, es importante recordar que este se soporta en estándares básicos de competencias para las áreas de Matemáticas, Lengua Castellana, Ciencias y Educación Ambiental. En consecuencia, un primer elemento que llama la atención es que el modelo interrelacionó las ciencias sociales y las ciencias naturales y, con la idea de formar en ciencias, presentó unos mismos estándares educativos. Por otra parte, con la pretensión de ser un modelo holístico que posibilitara que el estudiante tuviera una mayor relación con la sociedad y el medioambiente, una segunda apuesta estuvo en construir la ruta de manera interdisciplinar, aglutinando en el gran marco de las ciencias sociales la Historia, la Geografía, la Política, la Economía, la Antropología, la Sociología, la Psicología, la Lingüística, entre otras disciplinas sociales y humanas. En consecuencia, los estándares buscan lo siguiente:

1. Dar una mirada al individuo en la sociedad y a su relación con el medioambiente a lo largo del tiempo, teniendo en cuenta las diferentes disciplinas que hacen parte de las ciencias sociales: Historia, Geografía, Política, Economía, Antropología, Sociología, Psicología, Economía y Lingüística, entre otras.
2. Asumir las formas como proceden los científicos sociales para buscar conocimientos, comprender la naturaleza cambiante y relativa de los puntos de vista que los sustentan, y entender que son susceptibles de ser interpretados y controvertidos.
3. Asumir los compromisos personales y sociales que los niños, las niñas y los jóvenes adquieren a medida que avanzan en el aprendizaje, la comprensión y la apropiación de las ciencias sociales.
4. Enfatizar en el aprendizaje de los estudiantes sobre su identidad como colombianos, sobre su país en el pasado, el presente y el

futuro y sobre la riqueza de la diversidad cultural y la pluralidad de ideas de la que hacen parte y en la que pueden y deben participar (MEN, 2004, p. 8).

No tendríamos los elementos para sostener si los lineamientos curriculares para ciencias sociales son los causantes de las deficiencias en los estudiantes respecto a los acontecimientos y personajes históricos ligados con la confrontación armada, política y social del pasado reciente, pero el trabajo de María Angélica Valencia Murillo (2016, p. 92) en la misma institución educativa en torno a la importancia de la memoria en ciencias sociales, demostró que muchos docentes del área son conscientes de las limitaciones que traen consigo los lineamientos curriculares. Por esa razón muchos de ellos apelan a lo que denominan el *currículo oculto* para tratar tanto temáticas como estrategias pedagógicas no contempladas en los lineamientos, y profundizar sobre temas que en los estándares básicos de competencias no tienen cabida o son un barniz³.

En cualquier caso, la amnesia social y colectiva que caracteriza los tiempos que vivimos no es producto de una deficiencia en la memoria de los estudiantes; tampoco está en la Historia como disciplina que tiene como objeto el estudio del pasado. El problema radica en un proceso educativo/formativo cuyo modelo curricular debería estar en constante revisión tanto en lo referente a las temáticas por tratar en los años escolares como en las estrategias pedagógicas y didácticas que se deberían implementar en el aula, para que los estudiantes (re)conozcan los hechos históricos más relevantes en distintos ámbitos geográficos y temporales, con énfasis en Colombia, lo cual es posible si se tuviese una asignatura, cátedra o espacio académico dedicado a la enseñanza de la historia.

3 La expresión *currículo oculto* emerge del diálogo con los maestros en el marco del ejercicio etnográfico y la reproducimos como categoría *Emic*. Por lo mismo, no pretendemos afirmar que en el sistema educativo colombiano se impida a los maestros enseñar algún tema, como tampoco que exista censura o clases clandestinas.

Ahora bien, se podría argumentar que esa deficiencia se suple con el concepto, muy de moda en Colombia, de *memoria histórica*, atribuido al francés Pierre Nora, quien invita a repensar la historia como ejercicio que trasciende la idea de resurrección, reconstitución, reconstrucción o representación del evento pasado, para enfatizar en la importancia de la rememoración, entendiendo que el valor del hecho histórico está más por la forma como se (re)significan y (re)utilizan los recuerdos en función del tiempo presente. En palabras de Nora y Cuesta: “Una historia que no se interesa por la memoria como recuerdo, sino como economía general del pasado en el presente” (1998, p. 26). Siendo muy válida e interesante la invitación de volver al pasado mediante un ejercicio de memoria histórica —verbigracia, los trabajos del Centro Nacional de Memoria Histórica como entidad oficial que emergió de las leyes transicionales⁴—, ello no corrige el problema estructural que hace treinta años creó el Ministerio de Educación Nacional al suprimir la cátedra de Historia del currículo en la educación básica y media, a tal punto que han sido los propios historiadores quienes vienen reclamando que se corrija lo que catalogan como un yerro absurdo (*Semana*, 2012), entre otras porque las deficiencias y vacíos no necesariamente se superan en el nivel universitario.

En el ejercicio piloto con estudiantes que cursan un programa universitario que abarca de las ciencias sociales y humanas, se evidenció que, aunque sus conocimientos históricos son más amplios, las deficiencias persisten. Sintetizando las palabras de los universitarios, en primer término no dudan en señalar el choque que experimentan con el paso entre el nivel medio y el nivel superior, expresado, entre otros aspectos, por los criterios de exigencia de docentes que suponen que los estudiantes poseen los conocimientos básicos en ciencias sociales e Historia. En segundo término, las apreciaciones de los estudiantes revelan una dificultad mayor, imbricada con los hábitos de lectura que traen desde el bachillerato, pues la educación superior exige leer textos

4 El Centro Nacional de Memoria Histórica fue creado en el marco de la Ley 1448 de 2011, conocida como Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, artículo 146.

cuyos niveles y ritmos no forman parte de sus gramáticas, obligándolos a un tortuoso proceso de aprendizaje de nuevos códigos de lectura.

Ahora bien, para los estudiantes universitarios la figura de Laureano Gómez Castro no es ni extraña ni ajena, está enmarcada acertadamente con la violencia partidista de los años cincuenta del siglo pasado. No obstante, su conocimiento histórico sigue siendo precario y no poseen mayores elementos para indicar aspectos básicos como a quién y qué representó el líder conservador en la vida política del país, especialmente en la primera mitad del siglo xx; cuál fue su rol en la violencia política de mediados del siglo pasado, y por qué su ideario político fue semilla para gestar la violencia entre conservadores y liberales. Más preocupante aún: los estudiantes revelan una marcada incapacidad para relacionar e interpretar los eventos imbricados con Laureano Gómez Castro con contextos políticos, sociales, culturales y económicos pasados y contemporáneos. El asunto, sin duda alguna, se hace complejo cuando los conocimientos políticos, sociológicos, antropológicos, geográficos o económicos son también deficientes.

Por lo mismo, no resultó extraordinario que las posturas de Gómez Castro generaran cierta sorpresa; por ejemplo, fue llamativo para los estudiantes la disertación titulada “Interrogantes sobre el progreso de Colombia” (1928) en la que Gómez Castro hace una caracterización tanto del territorio como de los grupos poblacionales que integran el país, con un fuerte acento discriminatorio respecto a los indígenas y a los afrodescendientes, así como a los mulatos.

Recuerdos del pasado para una historia personal

Como se mencionó párrafos atrás, los ejercicios se replicaron con otro tipo de poblaciones fuera del ámbito escolar, privilegiando a personas jubiladas, es decir, hombres y mujeres mayores de sesenta años. Los resultados permitieron comprender que si bien en la mayoría de los casos las piezas mediáticas detonaban los recuerdos, las narraciones de las remembranzas remitían a experiencias personales que encontraban en un evento o en un personaje del pasado reciente un marco de referencia para organizar el testimonio.

De acuerdo con el historiador italiano Alessandro Portelli, las narraciones que buscan reconstruir el pasado optan por seguir una secuencia lineal que posibilita que el narrador organice una historia que siempre será contada de un modo distinto (1993, p. 167); historia cuya narración permite identificar una dimensión temporal que se descompone horizontalmente para ubicar bloques homogéneos que marcan un “antes” y un “después”, pero también verticalmente para imbricar los recuerdos con una contemporaneidad que se constituye en modalidades de tipo ético-político, colectivo o personal.

Muchos vivieron siendo niños los años de la violencia partidista, por eso no resulta extraño comprobar que la mayoría de los testimonios coincide con el relato nacional que ubica tanto en la dimensión horizontal como vertical el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán como el evento bisagra que determinó el “antes” y el “después” en la vida personal y pública, acotando que ambas dimensiones se yuxtaponen en los testimonios ofrecidos.

En la dimensión horizontal emergen experiencias personales que, ligadas a la historia familiar, rememoran la violencia desatada tras el 9 de abril de 1948. Los recuerdos no son propios, pues la mayoría fueron referidos por personas para la época mayores, recordando que el testimonio hace evidente el hecho de que no siempre se participa de manera directa en el acontecimiento que se narra, lo cual no indica que este pierda su importancia, alcance y fuerza. Incluso es usual que el relator narre la historia como si hubiera vivido los eventos, pues se configura lo que M. Pollak denomina *memoria heredada*, producto de un fenómeno de *proyección e identificación* (2006, p. 34).

Por fortuna la violencia fue lejana a mi familia, pero cómo olvidar las palabras de un profesor que tuve en la escuela, que armaba alegatos en contra del cura del pueblo [Icononzo, Tolima]... con el tiempo comprendí que el profesor era liberal y que le habían matado a varios familiares (Julio Rojas, comunicación personal, 4 de enero de 2016).

En la escuela tuve un profesor que nos mostraba, con temor o sigilo, un libro sobre la violencia. Nos decía que había sido escrito por

un sacerdote, pero en esa época no le creí. En las clases leía partes del libro y era escabroso... con el tiempo le pedí a mi hijo que buscara el libro, se titula *Lo que el cielo no perdona*. Comprobé que sí fue escrito por un cura [el padre Fidel Blandón Berrío] y que realmente es escabroso⁵ (Irene Perico, comunicación personal, 4 de enero de 2016).

Lo interesante es que los testimonios, pensados ahora en la dimensión temporal vertical, poseen una fuerte e inevitable carga política, encuadrada en un relato histórico nacional que refiere a la violencia partidista de mediados del siglo pasado, cuando la figura de Laureano Gómez Castro es, parafraseando el lenguaje teatral, como una especie de personaje alegórico, pues se constituye en símbolo y representación de la violencia misma, especialmente cuando las narraciones evocan los estragos provocados por los *chulavitas* y los *pájaros*, como se conocen a las bandas armadas que, desde el gobierno de Mariano Ospina Pérez, persiguieron en las zonas rurales a los miembros del Partido Liberal.

Tenía menos de un año cuando mataron a Gaitán y doce años cuando llegamos a Bogotá, huyendo de la violencia y de la pobreza. Las historias de horror y barbarie que presencié y escuché en mi pueblo [La Palma, Cundinamarca] perfectamente se repiten a lo largo y ancho de un país que se mató por un color, por una bandera, por un trapo. En esos primeros años de infancia no sabía quién era el presidente, Bogotá era un lugar demasiado distante hasta en la imaginación, pero el rumor mencionaba el nombre de Laureano Gómez como el promotor de los famosos pájaros, que iban de finca en finca matando y sacando gente liberal (Julio Rojas, comunicación personal, 4 de enero de 2016).

Nací en Bogotá pero toda la familia es oriunda del norte de Boyacá. Mi madre murió cuando yo todavía era una niña y mi crianza fue con mi padre, que era un liberal de esos radicales... cuando se

5 *Lo que el cielo no perdona* (1996) formó parte del *Index* o Índice de libros prohibidos en Colombia durante el periodo de la Violencia.

emborrachaba recuerdo que siempre repetía en medio de los tragos parte de un poema de Julio Flórez, *La araña*, que decía: “He querido matarla: mas... ¡imposible! Al verla con sus patas peludas y su cabeza negra, la compasión invade mi corazón, y aquella criatura vil, entonces...”... lo otro que gritaba era insultos a los conservadores: “Me cago en la bandera del glorioso Partido Conservador, godos hijos de puta”, así con cada borrachera (Alfredo A., comunicación personal, 5 de enero de 2016).

Por otra parte, en los testimonios también subyacen una serie de “realidades” que, aunque devengan de esa violencia fratricida que se vivió en las zonas rurales del país, están imbricadas con los fenómenos de desplazamiento forzado y la reorganización del ámbito personal y familiar en centros urbanos como Bogotá.

La violencia no fue directa, no nos mataron a ningún familiar, no nos amenazaron, no perdimos, como muchos, la tierra... vivíamos en la pobreza con mi mamá y mis hermanos, a gente de otras fincas sí la habían asesinado y desplazado, así que no había trabajo en esa época, nadie quería contratar a nadie, porque era un momento de mucha zozobra y desconfianza, así que nos vinimos para Bogotá, donde una tía. Mi mamá me contaba que ella nunca manifestó filiación política alguna, aunque en el pueblo [Málaga, Santander] todos la relacionaban con mi padre, que era liberal y ese pueblo era conservador... En Bogotá recuerdo mucho el frío y lo gris de la ciudad... fue todo un aprendizaje que en muchos casos resultó muy doloroso, porque hay cosas que solo se aprenden a golpes... (Julio Rojas, comunicación personal, 4 de enero de 2016).

Soy de la zona cafetera y fueron muchos los nombres de bandoleros los que escuché de boca de mi mamá y de hermanos mayores, porque para esos años (década del cincuenta) era una niña... eran famosos los nombres de “Chispas”, “Sangrenegra”, “El Capitán Desquite”, como famosas eran sus masacres. La situación era muy difícil y, cuando mataron a un tío, decidimos salir. Así que llegamos a Bogotá cuando tenía seis años y, la verdad, fue una niñez muy dura por todo, porque estaba acostumbrada a vivir en el campo y

acá llegamos a una especie de pensión de inquilinato, porque tuve que estudiar en un colegio público donde tuve que aprender a la fuerza lo que era vivir en la ciudad... (Alfredo A., comunicación personal, 5 de enero de 2016).

Desconcierto, zozobra, asombro y aprendizaje en la dureza del espacio urbano también es un rasgo que caracteriza los testimonios de unos sujetos que tuvieron que adaptarse a los códigos de unas ciudades que en principio eran extrañas, porque no comprendían ni interiorizaban las nuevas pautas sociales y culturales para desenvolverse en la urbe. De ahí que, siguiendo al sociólogo Isaac Joseph, sea posible identificar un tránsito *insomne*, que se produce cuando la persona no conoce ni reglas ni lenguajes, generando una especie de crispación existencial con la ciudad (1984, p. 15).

Los discursos de Laureano Gómez Castro como acervo del pasado

La producción discursiva de Laureano Gómez Castro fue prolija y abarcó todo tipo de temáticas: desde ensayos históricos, pasando por la crítica literaria, hasta discursos políticos sobre los más variados tópicos. Lo interesante es que la mayoría de esa amplia producción se conserva y es de fácil acceso, dado que el Instituto Caro y Cuervo publicó, con la denominación de *Obras completas* (2013), lo escrito por el líder conservador en una colección de nueve tomos, compilados por Ricardo Ruiz Santos.

El esfuerzo por tener la totalidad de la obra de Laureano Gómez Castro publicada demuestra la conciencia histórica respecto a que esos documentos integran un acervo valioso para el país, pues permitirán, por un lado, reconocer y comprender las dinámicas políticas, sociales, económicas y culturales que caracterizaron la historia reciente y, por otro, extraer lecciones que posibiliten encarar tanto el presente como el futuro.

Ahora bien, parafraseando a P. Ricoeur (2008, p. 232), ensayos, discursos, artículos de prensa y demás documentos escritos constituyen un material que puede decir mucho o puede no decir nada; todo

depende de las preguntas que se tengan al momento de consultarlos y, sobre todo, de interrogarlos. En otras palabras: esos registros —archivados en libros que a su vez reposan en bibliotecas y centro especializados de información— constituyen una materialidad que, ante todo, ofrecen huellas o pistas.

En ese contexto, Ricoeur ofrece una explicación diáfana de lo que se define por *archivo: grosso modo*, el archivo se entiende como el lugar o el depósito, usualmente de carácter institucional, en el que se producen, reciben y conservan documentos, siendo este el soporte material, la prueba que habla y testifica sobre el pasado. En tal sentido, los archivos son instituidos, mientras los documentos son conservados; pero, como afirma Ricoeur, ello ocurre bajo el presupuesto en torno a que el pasado deja huellas, las cuales se entienden como las marcas que alguien o algo —hombre o animal—, deja al pasar por un lugar, siendo la huella también el pasado del paso (1996, pp. 803-807)⁶.

Los textos escritos por Laureano Gómez Castro cumplen esta doble condición, ofrecen huellas dejadas a manera de datos e información, pero también evidencian el paso del sujeto que las dejó. Ahora bien, a nuestro modo de ver y contrario a la idea generalizada de concebir *per se* esos registros escritos como pruebas documentales frente a acontecimientos del pasado, reconocemos, ante todo, un valioso repositorio que eventualmente se puede constituir en prueba documental. Es decir, si bien el registro deja huellas, estas no constituyen un documento ni una prueba. Para explicar el asunto, volvemos a los argumentos de Paul Ricoeur, quien se pregunta qué significa probar un documento.

Párrafos atrás se sostuvo que los documentos hablan cuando se les pide que verifiquen, y ello implica que el investigador se acerque con interrogantes que los cuestionen, en una fase de trabajo que Ricoeur cataloga como explicativa y comprensiva (2000, p. 231). Resulta

6 Señala Ricoeur que la huella es un vestigio porque hay una marca visible en un *aquí* y en un *ahora*, pero también hay huella porque se reconoce que *antes* un hombre o animal pasó por un lugar. No obstante, esta última connotación se pierde, y solo persiste la idea de la huella dejada. En tal sentido, la huella como paso que deja una marca está inmersa en un nudo paradójico: el paso ya no es, pero la huella permanece (1996: 807).

interesante tener esta perspectiva como referente a la hora de (re)pensar un registro escrito —llámese discurso, artículo de prensa, ensayo o diatriba—, que no siempre debe asumirse como testimonio del pasado; cuando el acercamiento al registro está mediado por interrogantes, el documento no está dado *per se* y las preguntas son las que conducen a que sea instituido como documento. Reiteramos, ello no significa desconocer la existencia de registros en los cuales haya huellas que permitan un acceso transparente al pasado, pero la operación sigue siendo la misma: es la valoración de un “alguien” que rastrea el registro dentro del archivo para otorgarle un sentido en función de un propósito. Es en ese momento cuando el texto escrito como archivo se convierte en documento.

Ricoeur lanza entonces una segunda pregunta: ¿qué es lo que hay que probar en un documento? La respuesta —según su reflexión— es clara: hechos que indiquen nombres, lugares, fechas, verbos de acción o de estado. Lo interesante, no obstante, está en la aclaración que hace respecto a no confundir el hecho probado y el acontecimiento sobrevenido, desplegando una epistemología vigilante (2000, p. 231). La advertencia cabe perfectamente para el caso de unos documentos políticos, periodísticos, culturales y artísticos en los que se reconocen unos contenidos y enunciados que intentan representar acontecimientos, personas, instituciones y grupos sociales, entre otros, con una postura política muy bien definida, lo que desvirtúa la idea de llegar a concebir esos textos como pruebas fehacientes de lo acontecido en el pasado. La anterior reflexión resulta más que pertinente cuando el trabajo de archivo implica, en un primer momento, la selección de los documentos para trabajar; tarea nada sencilla a pesar de que el material se encuentra compilado temáticamente.

De cualquier forma, la recuperación de los archivos es sustancial cuando de volver al pasado se trata. Por lo mismo, para el presente análisis se recuperaron y seleccionaron una serie de documentos escritos por Laureano Gómez Castro, los cuales fueron puestos a disposición de un grupo de estudiantes de la Universidad Santo Tomás, sede Bogotá. Se continuó, entonces, con el trabajo etnográfico, buscando conocer las valoraciones e interpretaciones que los estudiantes hacen de los textos, acotando que sobre el pensamiento político de Gómez

Castro existen estudios suficientes y completos⁷. Los textos seleccionados hacen referencia a dos tópicos concretos: primero, la concepción de Laureano Gómez Castro respecto a Colombia como proyecto de Estado nacional; segundo, las lecturas, interpretaciones, valoraciones y concepciones en torno a la violencia partidista, agudizada por los hechos acaecidos el 9 de abril de 1948, enfatizando en la paz como una temática que emerge en las discusiones de la época. El ejercicio exigió que las lecturas estuvieran precedidas por explicaciones académicas y conceptuales, enmarcadas en el seminario Interculturalidad, Educación y Medios, al que asisten comunicadores y sociólogos, para que los estudiantes tuvieran herramientas de contexto histórico, político y social. Los documentos escogidos fueron los siguientes:

1. “Interrogantes sobre el progreso de Colombia”, discurso pronunciado el 5 de junio de 1928.
2. “La Constitución de 1886”, discurso pronunciado al celebrarse los cincuenta años de la carta en 1936.
3. “El espectro del comunismo”, discurso pronunciado en la Convención Conservadora de 1937.
4. “La posición conservadora”, discurso pronunciado en la Convención Conservadora de 1938.
5. “El basilisco”, editorial publicado en el periódico *El Siglo* el 27 de junio de 1949.

7 Los más destacables fueron elaborados por el historiador James D. Henderson: *Cuando Colombia se desangró: un estudio sobre la violencia en metrópoli y provincia* (1984); *Las ideas de Laureano Gómez* (1985); *Conservative Thought Twentieth Century Latin America: a Statistical Approach to the Study Intellectual History* (1986); *Colombia en los tiempos de Laureano Gómez* (1990); *Modernization in Colombia: the Laureano Gómez years, 1889-1965* (2001). También hay que destacar el estudio de Hésper Eduardo Pérez Rivera “Acerca del nacionalismo católico de Laureano Gómez. 1930-1946” (2003).

Mediados por un instrumento que combinó preguntas cuantitativas y cualitativas, el planteamiento y discusión de los textos suscitó entre los estudiantes diversas valoraciones, como se verá a continuación.

Refundido entre la historia

Las dos primeras preguntas del instrumento indagaban por el conocimiento previo que tenían los estudiantes sobre Laureano Gómez Castro. Las cifras son contundentes: el 73% manifestó su desconocimiento; del 27% que expresó conocerlo, solo unos cuantos estudiantes lo hizo durante su etapa escolar (tanto secundaria como universitaria), mientras la mayoría sostuvo que las referencias que tienen les fueron transmitidas por relatos familiares —narraciones de padres y abuelos—, alusivos a la violencia bipartidista de mediados del siglo pasado; no obstante, estas son vagas y no lograron expresar una idea certera respecto a la vida y obra del personaje en cuestión. Aquellos que conocieron de Laureano Gómez Castro en el escenario escolar, también registraron profundas falencias, y las referencias ofrecidas en el taller se caracterizaron por imprecisiones históricas y políticas.

Ello indujo a preguntar a los estudiantes por las percepciones que tenían respecto a la formación histórica recibida en los años de formación educativa. Las respuestas se pueden organizar en dos ideas generales:

- Una formación histórica básica y, por lo mismo, catalogada como deficiente, que no ahondó en dimensiones/discusiones/reflexiones políticas, sociales, culturales o económicas de los eventos nacionales o internacionales tratados en el aula.
- Un proceso formativo que no generó conciencia en torno a la importancia de estudiar y comprender los eventos del pasado como base para entender los acontecimientos contemporáneos anclados al presente.

Finalmente, un aspecto llamativo en la aplicación del instrumento es que se consultó a los estudiantes si, como acto complementario a las lecturas, habían indagado por la vida y obra de Laureano Gómez

Castro. Como suele ocurrir con ejercicios similares que implican lectura previa, el 83 % no efectuó ningún tipo de consulta.

Ante el desconocimiento de la vida y obra de Gómez Castro como una de las figuras más relevantes en la historia política nacional del siglo pasado, el trabajo de lectura y discusión de sus textos contó con un ejercicio pedagógico que, *grosso modo*, ofreció los elementos contextuales/conceptuales básicos para una mayor comprensión del personaje, enfatizando sobre los dos ejes temáticos de discusión planteados al inicio del ejercicio: la concepción de Colombia como Estado y la paz.

Nacionalismo, civilización, catolicismo, exclusión...

Respecto al primer eje temático, los estudiantes identificaron en las lecturas que la concepción del líder conservador se sustentaba en un proyecto civilizador en que la noción de ciudadanía es “restringida”, “excluyente” y “discriminatoria” en relación con los reconocimientos que, desde la Constitución de 1991, definen a Colombia como un país pluriétnico y multicultural.

En ese contexto, las reflexiones de los estudiantes relacionan la concepción laureanista con los postulados del escritor y prócer argentino Domingo Faustino Sarmiento, sobre la *civilización* frente a la *barbarie*, destacando que en la conferencia “Interrogantes sobre el progreso de Colombia” existe un constante paragón entre Colombia y el país austral.

De acuerdo con la tesis de [Laureano] Gómez, el territorio y la raza son dos factores que obstaculizan el desarrollo y el progreso de Colombia; Argentina representa el país ideal, donde el territorio es propicio para el desarrollo de la agricultura y de la industria, ideal para un inmigrante que encuentra un asentamiento para el desarrollo de la cultura (Ángela C., comunicación personal, 16 de abril de 2016).

Me llama la atención los términos empleados por Laureano Gómez, son muy peyorativos: mientras en Colombia poseemos un territorio ‘brutal’, ‘hueco’ e ‘inútil’, con recursos naturales que representan

una ‘tragedia’, Argentina es una tierra bendita, sana, limpia, un territorio plano y fértil en el que florece la cultura y la civilización (Carlos A., comunicación personal, 16 de abril de 2016).

La comparación también está en la formación de los grupos sociales. En el caso argentino esa formación tiene en la migración europea su base, ideal para el proyecto civilizatorio. Según Laureano Gómez no ocurre lo mismo para Colombia, donde la mezcla entre el español, el indígena y el negro definen nuestra formación social y cultura (Camila B., comunicación personal, 16 de abril de 2016).

Para Laureano Gómez el indígena y el negro son el problema de nuestro atraso. El primero por su carácter infantil que lo lleva a tener una especie de asombro frente al mundo y el segundo por su marrullería y rencor. En ambos casos indígenas y negros resultan ser el lastre de una herencia cultural donde lo único por rescatar es lo hispánico, porque en él reposa lo civilizado (Daniel R., comunicación personal, 16 de abril de 2016).

En un contexto más amplio, la concepción laureanista es relacionada por los estudiantes con la formación misma de Colombia como proyecto de Estado nacional que, siguiendo los planteos de B. Anderson (2011) respecto a los factores políticos y sociales que suscitaron a principios del siglo XIX las gestas emancipadoras de la Corona española⁸, se caracterizaron por la segregación, el racismo y la exclusión de las clases bajas —verbigracia, indígenas y negros—.

8 Anderson manifiesta que los procesos de independencia para el caso de las Américas son inusuales, pues no se pueden explicar mediante dos factores que determinan la formación de los Estados europeos. Por un lado, la lengua no constituyó un elemento que marcara la diferencia respecto a la metrópoli imperial, incluyendo los casos de Estados Unidos y Portugal; por otro, los criollos americanos nunca buscaron llevar a indígenas y negros a la vida política y, por el contrario, se opusieron a las leyes que se promulgaron en Madrid con el propósito de tener una política más humanitaria con las poblaciones indígenas y negras (2011, pp. 77-78). El tratamiento de exclusión política y social se extendió alcanzada la independencia.

Cuando Anderson cita las palabras de Pedro Fermín Vargas frente a la política que se debía seguir con la población indígena, es inevitable no relacionar el asunto con las palabras de Laureano Gómez... Si me atengo a las expresiones utilizadas por ambos personajes, perfectamente se podría pensar que pertenecen a la misma época cuando en realidad están separados por un siglo⁹ (Santiago M., comunicación personal, 20 de abril de 2016).

No pertenecen a la misma época, pero sí a una misma cuna social que consideraba a los indígenas y a los negros como mercancías. Por eso ambos fueron excluidos del proyecto nacional a lo largo del siglo XIX...¹⁰ (John T., comunicación personal, 20 de abril de 2016).

De igual forma, los estudiantes destacan la importancia que para Gómez Castro revestía el catolicismo como doctrina religiosa que, imbricada con las leyes de la naturaleza humana, posibilitaba la materialización y la consolidación del proyecto político en Colombia. De ahí que para los estudiantes no generara sorpresa las fuertes y profundas reacciones que el dirigente conservador expresó ante las reformas económicas y

9 Se hace referencia a las palabras de uno de los políticos liberales colombianos de comienzos de siglo XIX, discípulo de José Celestino Mutis en el proyecto de la denominada Expedición Botánica: “Para expandir nuestra agricultura habría que hispanizar a nuestros indios. Su ociosidad, estupidez e indiferencia hacia los esfuerzos humanos normales nos llevan a pensar que provienen de una raza degenerada que se deteriora a la distancia de su origen [...]. Sería muy conveniente que se extinguieran los indios, mezclándolos con los blancos, declarándolos libre de tributo y otorgándoles la propiedad privada de la tierra” (citado por Anderson, p. 32).

10 Huelga recordar que para la población aborígen hubo un reconocimiento hacia finales del siglo XIX, cuando se aprobó la Ley 89 de 1890 que, a pesar de su carácter racista y excluyente, posibilitó una herramienta legal que luego permitió a líderes como Manuel Quintín Lame o Julio Vitonás iniciar procesos reivindicativos, especialmente de carácter territorial. Para el caso de la población negra, fueron varias las leyes expedidas a lo largo del siglo XIX, todas enfocadas en buscar la manumisión y abolición de la esclavitud, pero desconociendo a la población afro en su condición de sujetos de derecho.

sociales promovidas por los Gobiernos liberales que ostentaron el poder desde el 7 de agosto de 1930.

Por ejemplo, en el texto sobre el 50^a aniversario de la Constitución de 1886 resulta claro que la defensa del texto se hace sobre la base de atacar las reformas de los gobiernos liberales. Lo complicado es que la crítica presenta las reformas como expresiones de retroceso, barbarie, incivilización y, más graves aún, avance del espectro comunista...¹¹ (Juan A., comunicación personal, 20 de abril de 2016).

Las críticas de Laureano Gómez son la defensa de un proyecto de nación donde la religión católica cumple un papel vital... que la Iglesia perdiera su poder frente a los avances de una sociedad más laica debió constituir una verdadera amenaza para la hegemonía conservadora que prevaleció durante el despunte del siglo xx¹² (Andrea C., comunicación personal, 20 de abril de 2016).

A medida que el ejercicio fue avanzando, invitando a revisar con detalle aspectos históricos concretos de la vida nacional para una mayor comprensión de las lecturas de Gómez Castro, con los estudiantes se fue evidenciando que la férrea carga ideológica se complementaba

11 En uno de los apartes del discurso sobre la Constitución de 1886, Gómez alude implícitamente a las implicaciones que tendría la Ley 200 de 1936 respecto al tema territorial. Al respecto, el texto reza: “Muy al contrario, la llamada reforma consiste en borrar de la Carta las protecciones allí establecidas a ciertos principios esenciales para la civilización, la paz de las conciencias y la cultura civil que había dignificado la historia colombiana. Se entrega la vida del país a la zozobra de los asaltos legislativos; se destruye la supremacía de la Constitución que es la primera acaso de las presas del régimen democrático; porque si en el aspecto religioso y moral todos los atentados van a ser posibles y todas las inequidades e injusticias encuentran allanadas la vía, en el terreno económico y civil se ha dado terrible y mortal golpe al principio básico de la civilización occidental: el de la propiedad...” (2013, p. 176).

12 Son varios los textos de Gómez Castro sobre el particular. El más significativo, a nuestro modo de ver, fue una carta enviada al entonces representante a la Cámara Alfonso Uribe Misas, quien lideró la impugnación de la reforma que, el 22 de abril de 1942, modificó el Concordato firmado por Colombia con el Vaticano desde 1887. La carta fue publicada por el periódico *El Siglo* el 16 de octubre de 1942, con el título “La defensa de la fe”.

con una apología a la violencia, con el argumento de no obedecer y resistir civilmente frente a aquellas reformas que atentaran contra las leyes naturales o divinas (Gómez, 2013, p. 236).

La guerra civil no declarada

El historiador James D. Henderson (1985, p. 121) señala que la posición asumida por Laureano Gómez Castro frente a las reformas de los Gobiernos liberales derivó en discursos que literalmente invitaron a la población de la época para que hiciera una “resistencia civil” que tornara “invivible la república”. Tras cuatro décadas de hegemonía conservadora, las reformas en materia educativa, económica, religiosa y social —materializadas, a manera de ejemplo, en normas como la Ley 83 de 1931, que reconoció la legalidad del sindicalismo; la Ley 200 de 1936 sobre el régimen de la tierra; la reforma constitucional de 1936 que buscó modernizar el Estado; la reforma educativa de 1935 que pretendió, entre otras, que la educación básica y media tuvieran un enfoque laico— se constituyeron en blanco de fuertes diatribas por parte de Laureano Gómez, quien se atribuyó el papel de salvador de la civilización colombiana (Henderson, 1985b). A esa imagen de adalid de los “valores civilizatorios” de la idiosincrasia colombiana amenazada por la avanzada liberal-comunista¹³, se yuxtapone la del promotor de la violencia partidista de mediados de siglo xx, a tal punto que popularmente fuera conocido con el mote del *Monstruo* (Arrubla, 1995, p. 184).

Las lecturas y valoraciones que los estudiantes universitarios hacen hoy de los discursos pronunciados en su momento por Laureano Gómez Castro ofrecen elementos muy interesantes, tanto en la interpretación

13 El asunto fue representado por Laureano Gómez Castro en la figura del basilisco. La cita *in extenso*: “En Colombia se habla todavía del Partido Liberal para designar una masa amorfa, informe y contradictoria... El basilisco era un monstruo que reproducía la cabeza de una especie de animal, de otra la cara, de una distinta los brazos y los pies de otra cosa deforme, para formar un ser amedrentador y terrible del cual se decía mataba con la mirada. Nuestro basilisco camina con pies de confusión y de ingenuidad, con piernas de atropello y de violencia, con un inmenso estómago oligárquico; con pecho de ira, con brazos masónicos y con una pequeña, diminuta cabeza comunista, pero que es la cabeza...” (2013, p. 313).

de los textos como documentos históricos, como en los ecos que sus palabras tienen en las coyunturas políticas y sociales que experimenta el país en la segunda década del siglo *xxi*.

En ese contexto, un primer aspecto que destacan los estudiantes en sus múltiples interpretaciones está en la construcción/representación política que Gómez Castro hace del liberalismo, al cual se añadiría el comunismo.

Liberales y comunistas son asumidos como una amenaza a un proyecto civilizatorio que alcanzó con la Constitución de 1886 su esplendor. Para Gómez es claro que los años de paz vividos durante las primeras décadas del siglo *xx* son el resultado de ese texto constitucional que lograron armonizar política, familia y religión... cuando llegan los gobiernos liberales con sus reformas, esos valores sociales, políticos y religiosos quedan amenazados y se construye a ese “otro” como el enemigo... no sé si había algún tipo de contacto o influencia, pero esa mirada coincide con el macartismo norteamericano... (María D., comunicación personal, 10 de mayo de 2016).

Un país polarizado, esa es la lectura que hago cuando trato de entender, desde Laureano Gómez, un momento histórico en donde la gente se mataba por un color como representación de una ideología... El otro frente a los nosotros (Esperanza L., comunicación personal, 10 de mayo de 2016).

Un segundo aspecto que centra la atención de los estudiantes está en el uso del lenguaje, recalando una erudición que, no obstante, no disimula la carga simbólica de violencia o la incitación a ella.

En el discurso sobre el espectro del comunismo el llamado es claro: los conservadores deben prepararse para la lucha, una lucha que es mortal... (Alberto R., comunicación personal, 26 de julio de 2016).

El problema está cuando alguien se asume como dueño de la verdad, que es lo que ocurre con Laureano Gómez, todo su discurso se ampara bajo los parámetros de la ley divina y de la ley natural (Teresa H., comunicación personal, 21 de julio de 2016).

Los documentos de Laureano Gómez leídos destilan violencia, violencia simbólica en términos del sociólogo P. Bourdieu, por la descalificación constante que el “otro” merece por algún tipo de condición, sea esta racial o étnica, como se evidenció en las primeras lecturas, o políticas en relación con el Partido Liberal y el Partido Comunista (Leonardo R., comunicación personal, 10 de septiembre de 2016).

En su estudio sobre la modernización en Colombia, James D. Henderson recuerda el enfrentamiento entre los dirigentes Laureano Gómez y Alberto Lleras Camargo. En un discurso pronunciado el 15 de septiembre de 1940 en el Senado, Gómez sostuvo que en la defensa de los principios del Partido Conservador sus miembros llegarían a la *acción intrépida y el atentado personal*. En respuesta, dos días después Lleras Camargo denunció que las palabras de Gómez Castro eran las del extorsionista convertido en amo, que amenaza con una guerra civil frente a cualquier reforma que molestara a los conservadores. Gómez se arropó en el argumento teológico y en aclarar que los liberales lo habían malinterpretado respecto a la mención del *atentado personal*, pues no era una invitación al asesinato, pero sí una defensa personal o defensa colectiva.

La palabra, en el sentido más amplio, fue para Laureano Gómez Castro su principal herramienta y arma para defender su ideario y sus convicciones. Las palabras fueron protagonistas en la guerra no declarada que desangró al país a mediados del siglo pasado. Recuperarlas para tratar de comprender sus sentidos resulta esencial, pues aún tienen una resonancia en la mentalidad y postura de cierto sector de la élite colombiana que, como en los tiempos de Laureano Gómez, rechaza cualquier iniciativa de reconocimiento a la diferencia invocando la defensa de la familia, las leyes divinas y de la naturaleza. Acercar a los estudiantes universitarios a estas discusiones teniendo como soporte documentos del pasado resulta un ejercicio valioso, que contribuye a combatir una amnesia histórica cuya principal responsable es la formación educativa impartida en escuelas y colegios.